

E. MARQUINA

VENDIMIÓN

099700

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESOSES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1909

32174



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

~~~~~  
ES PROPIEDAD  
~~~~~

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U . A . N . L :

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de Perlado, Páez y C.^a, Quintana, 33.

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Era á punto en que yo, vate hispano-latino,
limaba pulcramente mi último alejandrino;
en el páramo aquel acababa el camino...
Él pasó, tambaleando; dejó un olor á vino.

— Parecía gigante en la gran soledad.

Volví á mis limaduras y á mis cavilaciones:
terminaba un poema sobre las estaciones,
rendían el son último las últimas canciones;
pero él pasó, rompiendo todas mis oraciones.

— Y tenía el perfil de la fatalidad.

Dejé la casa quieta; salí en su busca afuera;
flotar su capa verde miré por la pradera;
le seguí hasta los bosques; toda su cabellera
se me hizo matorral del monte en la ladera...

— Y así la tierra vasta le hizo complicidad.

Cerré ambos puños míos en señal de amenaza;
la tarde iba muriendo con estival cachaza;
el sol, tras de unos montes, de esconderse hizo traza,
y en la luz vi su guiño y en el sol su caraza...

— Por mis venas la sangre perdió su libertad.

Eché á andar por la tierra con pavora excesiva,
como si de un ser vivo pisase carne viva;
á cada paso dado, me imaginaba que iba
la fiera pisoteada á erguirseme, agresiva.

— La noche fué amenaza en su totalidad.

Él, que había pasado, se me sumió en el Todo.
Su carne se hizo una con la arcilla y el lodo;
su resuello, en el mar, tomó un relente á yodo;
sus fauces negreaban en cualquiera recodo.

— La sombra de su cuerpo era mi soledad...

Vi, desde entonces, en cada perfil de monte,
combarse el lomo suyo, llenando el horizonte.

Cada punta de tierra, al fin de la bahía,
era su húmedo belfo que en el mar se sumía...

— Una tarde, en un bosque de pinos descansaba,
y en torno mío toda la soledad callaba;

filtrándose por entre los troncos de los pinos,
abríanse mis ojos unos claros caminos;

y, como entre las cuerdas de un arpa, allá á lo lejos,
veían agua azul y rosados reflejos;

pero sus dedos, hechos vendaval, se agitaron
y el arpa gigantesca de los pinos pulsaron;

volaron unas aves al brusco movimiento;
quedaron, como notas, sembradas por el viento.

Por no ser descubierto, él, que había pasado,
guiñándose un relámpago, se escondió en un nublado.

Me hizo desde unos pinos escuchar la amenaza
resonante y fatal de su golpe de maza.

Me cobijé en un antro; vino á moverme guerra
con unos gritos lúgubres que salían de tierra...

Agarrado á los lienzos, á la noche, en lo obscuro,
le he sentido pasar, rozando con el muro.

Sobre mi pobre casa él se sienta á horcajadas,
y su talón golpea mis ventanas cerradas.

Le aguanta la obra vieja con tan grandes fatigas,
que al menor movimiento crujen todas las vigas.

Con pavor, cada día, mis pupilas inquietas
ven, en mi pobre casa, más abiertas las grietas;

y espero con espanto la noche lamentable,
que él ya tiene escogida para mí, irremediable;

la noche aborrecida, execrada, temida;
la noche, cuya sombra llena toda mi vida;

la inevitable, la de viscosas antenas,
la que arrastran cuadrigas de lobas y de hienas,

la espantable aliada de todos los que oprimen,
que se abreva de sangre, que ha nacido del crimen;

que no quiero nombrar, que me roe y me come,
en que yo duerma y él sobre mí se desplome.

Toda la obscuridad se hará definitiva;
sobre mí he de sentirlo como una fiera viva;

todos mis miembros, duros en el esfuerzo, tensos
en la defensa de los deseos inmensos,

se combarán; la sangre, por mis venas repletas
será como ración de vino para atletas;

doblará el corazón sus golpes impelentes;
los garfios de mis dedos morderán como dientes;

me ampararé de todas las lanzas; el combate
tendrá todas las formas.

¡Oh, corazón magnatel

Cuando llegue la noche de las grandes alarmas,
antes de sucumbir ¡prueba todas las armas!

•Ábrete — si pudiera hablar yo te diría —;
inúndalo en tu sangre redentora y bravía;

haz que no tenga fuerzas para tanto caudal;
que la sangre lo ahogue; que, como un vendaval,

tu deseo de vida encrespe la onda roja;
que, temeroso de la inundación, recoja

el monstruo las elásticas antenas pegajosas;
que tu sangre á venganza llame todas las cosas,

y todas, como ejército, á tu lado se agrupen
y, en nombre tuyo, el mundo y el universo ocupen.

¡Triunfa de él, triunfa de él, ¡oh corazón tirano!
hoy que, embozado, llega á sujetar tu mano!

¡Levanta los escudos de tus párpados! ¡Clava
en las suyas, odiosas, una pupila brava,

y que él se vea en ella, y recule al abismo,
después de contemplarse, con horror de sí mismo!•

... Pero sucumbirás. — En aquel vago día,
¡oh vena mía braval, te arrugarás, vacía.

Entre mis ojos y mis pies habrá un desierto;
antes de morir yo, sentiré el mundo muerto;

y caerán, como salpicaduras de un naufragio,
en mi piel, las primeras lágrimas de sufragio.

— Tú aquel día, hijo mío, cabezuela dorada,
como fruta en el alba de rocío bañada;

tú, carnecita mía, bien oliente y bien tierna,
por la que siento dentro una ternura eterna;

tú, tan vivo que aun se te forman los huesos,
tan menudo que cabes debajo de mis besos;

y tú, mujer, y tú, mujer infortunada,
selva á los vientos de mi deseo entregada;

lámpara que me has dado todos tus resplandores,
rosal del que, una á una, cogí todas las flores;

tú, en todas tus entrañas tan llena de mi vida
que, al faltarte mi apoyo, quedarás arrecida;

tú, mujer; tú, hijo mío; tú, familiar mesnada,
por la que fueron recios los golpes de mi espada;

no deís, con tanta pena, voces tan dolorosas;
imitad el silencio sombrío de las cosas.

Él está inmóvil, entre vosotros y mi lecho;
es mutismo en mis labios y opresión en mi pecho.

No descorráis, con mano trémula, la cortina;
no os escucho, no os veo...

La última neblina

él ha extraído de los quietos horizontes;
por él empiezan á separarnos los montes.

¡Circulen por la casa las órdenes fatales;
id á llorar, perdidos, por todos los sitios!

Cambian de ordenación las horas y de oficio;
las sagradas costumbres saltan, fuera de quicio;

el puño, que evitaba la dispersión, se ha abierto;
todos son alaridos al primer desconcierto;

la luz chilla en los lutos, entrando por la puerta...
¡Mi casa se deshace como granada abierta!

— Pero mi voz, mi voz perenne, de infinita
virtud, en el sagrado de la palabra escrita,

cuando mi lengua calle, cuando me estén llorando
en mi casa, mi voz seguirá resonando...

Yo te daré virtud soberana, voz mía,
para que, intacta, dures más allá de aquel día.

¡Entra aquí á depurarte de toda liviandad!
¡Júntate á mi deseo, que te dé eternidad!

Como la vela de una nave de oro, recoge
este sople magnánimo que al mar azul te arroje.

Toma mi juventud como una bendición,
hazte un escudo de mi propio corazón;

de mi horror á la muerte, de mi dura esperanza
tállate el cuento y la bandera de tu lanza;

y para que los hombres te oigan eternamente,
para que seas familiar á toda gente,

para que suene humano y personal tu arrullo,
en mi vaso de amor ¡bebe todo mi orgullo!

No triunfarás de mí — vate hispano-latino
que te reto á caballo sobre mi alejandrino —
¡oh, miserable monstruo del perfil sibilino,
que á mi paso te yergues, cerrándome el camino!

— Las crines de su cuello le contaré al león.

En el eterno alcázar de las frías virtudes,
donde rinden su aliento todas las latitudes,
que han hecho con sus restos todas las senectudes,
yo he de encontrarte, cuando más huraño te escudes.

— Y, con sangre, mi cifra grabaré en el frontón.

Yo he de pisar la selva de prietos matorrales
en que dejan sus alas rotos los vendavales;

yo forzaré, ebrio en sus espasmos virginales,
las ninfas que devoras en tus hambres bestiales.

— Todas te darán hijos de la profanación.

Y romperé el intacto cristal de tu misterio;
y aplastaré, en tu mano, el globo de tu imperio
y, arracado de tu perennal magisterio,
por todas mis estrofas, irás en cautiverio.

— Y tejerás coronas para mi panteón.

Trepo á la soledad de tus rocas eximias;
rompo los alambiques de todas tus alquimias;
te muevo guerra en el clarín de mis euritmias;
¡oh tiempo, Vendimión de todas las vendimias!

— Ebrio en tu viña, quiero morirme, Vendimión.